

lente; una seguridad desusada reinaba en todos los lugares del reino. Aún más: en este reinado verdaderamente excepcional la agricultura, tan decaída en los primeros tiempos del Imperio, iba resurgiendo poco a poco. Se emprendían y completaban trabajos de utilidad pública en diversos puntos, reparando monumentos antiguos y construyendo otros nuevos. El comercio empieza también a resucitar, y hasta las letras parecían salir de su marasmo. En una palabra, Italia, admirada por su nueva prosperidad, parecía estar en vísperas de volver a tomar el cetro de Occidente bajo los auspicios del nuevo Trajano. Teodorico le había ido agregando provincias muy importantes: Sicilia, que le habían cedido los vándalos; Dalmacia, que le proporcionaba el dominio del Adriático, y Panonia, que le daba las llaves de Oriente. Se había aprovechado de las discusiones entre francos y visigodos para apoderarse de la Provenza, con lo cual tenía un pie en las Galias, y, a la muerte de Alarico II, tomaba en sus manos poderosas toda la herencia de este rey, reuniendo así bajo su autoridad las dos ramas de la nación gótica.

Pero su influencia se extendía aún más lejos, porque se había atraído, mediante lazos de familia o de amistad, a la mayoría de los soberanos bárbaros establecidos en las antiguas provincias romanas. El rey de los burgundios y el de los visigodos eran yernos suyos; su hermana se había casado con el rey de los vándalos, y su sobrina con el de los turingios; su propia esposa era hermana de Clodoveo, y el rey de los hérulos era su ahijado de armas. Rodeado de todas estas relaciones ilustres, veía su nombre respetado hasta en los últimos confines del mundo germánico, desde donde le enviaban sus homenajes los pueblos del Báltico, y hablaba con autoridad a todos los monarcas vecinos suyos, que sufrían sin repugnancia el ascendiente del patriarca real. Le gustaba intervenir en sus debates para calmarlos o recordarles después de la victoria los consejos de la moderación<sup>1</sup>. La imaginación de los bárbaros ha quedado vivamente impresionada del gran papel que hacía entre los monarcas de su época; tuvo su leyenda, como Carlomagno, y, colocado en el centro de un ciclo épico, aparece bajo los rasgos de Dietrich von Bern como pacificador y árbitro soberano de las diferencias surgidas entre los príncipes de entonces.

Al ver tanto talento y buena voluntad puestos al servicio de una obra social, se hubiera podido creer que por fin la raza germánica había encontrado el camino del porvenir y que iba a arrastrar tras

<sup>1</sup> *Nostrum est regios juvenes objecta ratione moderari.* CASSIOD., *Variar.*, III, 2.

sí a los romanos regenerados. Pero no hubo nada de esto, pues para crear una sociedad nueva se necesitaba algo más que un genio y los esfuerzos de un hombre ilustre: se necesitaba un principio nuevo. Por falta de él, se consumían desde hacía muchas generaciones en esfuerzos estériles para rejuvenecer al mundo antiguo. Los Emperadores lo habían intentado, y ya hemos visto cómo habían fracasado; ahora lo intentaban los reyes bárbaros, y llegaban al mismo resultado. Es que todos, emperadores y reyes, se contentaban con mezclar, aunque en proporciones distintas, las costumbres bárbaras y la civilización antigua, y todos veían salir de su crisol un compuesto ficticio e incoherente que carecía de vitalidad. La admirable superioridad de genio y de justicia que distinguió a la sociedad ostrogoda de la de los vándalos no se tradujo tampoco por una diferencia apreciable en los resultados: una y otra sucumbieron a los golpes del mismo conquistador, desapareciendo sin dejar huellas en la historia. Era evidente que, para asegurar la existencia del cuerpo social que se intentaba reconstruir, se necesitaba, imitando al Dios creador, comunicarle ese algo inmaterial y eterno que en las sociedades es como el alma para el cuerpo: el principio mismo de la vida.

En una palabra, que aquellos reinos, formados a mandobles de lanza y de espada, carecían del influjo de la Iglesia católica, y todos sus infortunios vinieron de eso. Y no es que ella hubiera faltado a su misión de apostolado universal cerca de los bárbaros, pues los había conquistado antes que ellos conquistasen el Imperio. Ya en el siglo IV la fe de los godos, burgundios, vándalos y lombardos era la católica; Teófilo, obispo del primero de estos pueblos, al ir a sentarse en el concilio ecuménico de Nicea, parecía haber aportado a él las primicias de la vida religiosa de aquéllos; pero el arrianismo había pasado muy temprano en plan de enemigo a través de las mieses que el Evangelio hacía brotar de aquellas cristiandades nacientes, y había sembrado gérmenes de división y de muerte. La fe grosera y todavía ignorante de los godos no resistió a los artificios y seducciones de los Emperadores griegos, y se dejaron imponer un credo por quienes les daban alojamiento, convirtiéndose inconscientemente en misioneros de la herejía cerca de los otros pueblos de su raza.

Así es como Bizancio se vengaba de sus vencedores: inoculándoles el veneno que debía matar en ellos la vida cristiana. El arrianismo fué la forma más temible bajo la cual se ejerció entre los germanos la influencia corruptora de la sociedad antigua; aceptaron éstos sin desconfianza el funesto regalo de los griegos, y, separados de la uni-



dad católica por un fraude gigantesco, no se dieron cuenta de que se les arrebatara a la vez el propio cristianismo y el porvenir de su raza. Pocos espectáculos hay tan trágicos en los anales de la humanidad como el de estos pueblos tan cruelmente engañados por una madrastra a quien iban a pedir pan y les daba un escorpión.

En efecto, el arrianismo se encontraba desprovisto por completo de aquella virtud educadora que siempre estuvo activa en el seno de la Iglesia y que por un milagro incesante va renovando a los individuos y a las naciones. El secreto de esta virtud sobrenatural residía entonces, como hoy, en el dogma fundamental de la Encarnación. La Iglesia sabía que su fundador era Dios; sabía que estaba unida a Dios por un pacto indisoluble, que Dios vivía en ella, que se comunicaba a todos sus miembros por la Eucaristía, que obraba en ella por la inspiración del Espíritu Santo y que la santificaba por la distribución de la gracia. El cristiano sentía latir al lado de su corazón el corazón de un Dios muerto de amor por él; se calentaba a su vez al fuego de esta caridad infinita, y se hacía capaz de aquellos prodigios de santidad que producían en la naturaleza humana frutos tan maravillosos. Así, el dogma de la divinidad del Verbo era literalmente la fuente vital de la civilización cristiana.

Esta fuente fué la que el arrianismo vino a secar con su doctrina glacial, que hacía del Verbo una criatura. Por más que, después de cometer tal sacrilegio, tratase de atenuarlo proclamando que era de naturaleza sublime y superior a la de todos los seres creados, no por ello dejaba de arrebatarle la aureola divina con que brillaba a los ojos de sus adoradores. Los bárbaros, que se habrían dado por entero a un Dios crucificado, no experimentaban la misma devoción hacia un Verbo creado; éste les interceptaba en cierto modo a su Creador, y aquel Dios, rechazado desde entonces a su soledad inaccesible, dejó de aparecer a los ojos de los fieles como el Padre amoroso que es; sus almas permanecieron frías e inertes bajo la luz imperfecta y quebrada que recibían de él, quedando ajena a los heroísmos sobrenaturales de la caridad católica y al generoso entusiasmo que San Pablo llamaba *la locura de la cruz*. El arrianismo, religión sin piedad y desprovisto del prestigio de la santidad, era, bien analizado, un racionalismo disfrazado; se dirigía sólo al espíritu, y era incapaz de llegar hasta el corazón; dejaba a la naturaleza humana tal cual la encontraba, sin poder librarla de una sola de sus pasiones, o hacer florecer una sola de las virtudes que se desarrollaban con tanto brillo en el seno de la ortodoxia.

El arrianismo no se contentó con ser estéril, sino que también fué destructor. La Iglesia cristiana era una sociedad viva, con una sola cabeza y muchos miembros, y abundante savia generosa que circulaba a través de todo el cuerpo, distribuyendo la vida y la salud; por eso, el arrianismo, al romper la unidad de la fe, destruyó también la unidad de aquel cuerpo espiritual, ya que detuvo la corriente vital, y sus sectarios, entregados a sí mismos, no fueron ya en la Iglesia más que miembros lánguidos y atrofiados. Sus pequeños grupos nacionales, diseminados, aislados, sin vínculos entre ellos ni con el centro de la catolicidad, sólo formaron conventículos religiosos; les faltaba el carácter universal y la independencia soberana que constituyen la grandeza de la Iglesia católica, pues no eran verdaderas Iglesias, sino más bien instituciones políticas cuyos jefes eran los reyes, y cuyos destinos estaban subordinados a los intereses temporales de la nación. Los dignatarios de la jerarquía, nombrados por el príncipe y enseñando lo que éste quería, se limitaban a ser simples profesores de moral, y la religión, envilecida y dirigida por aquellos a quienes tenía misión de convertir y educar, no fué ya entre sus manos más que un instrumento de dominación.

Ni un santo surgió de las filas del arrianismo, ni siquiera un hombre de carácter excepcional. Entre todas sus Iglesias no dieron ni un misionero, y de tantas bocas abiertas con los clamores de la disputa no se oye salir una sola palabra elocuente. ¿Acaso hay entre la secta arriana prelados como los católicos, que son verdaderos fundadores de la civilización moderna, esos pastores de pueblos, cuyo báculo equivale a un cetro, o los doctores cuya palabra es tan firme y tan altiva, y que, inermes ante los reyes, ven, empero, a éstos prosternados a sus pies? Los obispos arrianos, humildes servidores de los señores que los han encumbrado en el poder, les pagan tal beneficio sometiéndoles la Iglesia. Como prelados cortesanos que son, hacen de su rey un César en pequeño, al cual enseñan a despreciar una religión de la que él es el supremo pontífice. He aquí por qué el arrianismo pasa sin pena y sin fecundidad a través del mundo, arrasando consigo a las muchedumbres silenciosas de los pueblos que ha arrancado de la Iglesia y que lleva hacia la muerte.

Esto explica la razón del aborto de los reinos bárbaros en el siglo vi; les faltaba el principio civilizador que podía poner orden en el caos. Y no era esto sólo. Por circunstancias históricas especiales, la herejía había de ser para ellos causa de ruina inmediata; en efecto, en todas partes en donde se habían establecido los nuevos reinos, se habían encontrado con poblaciones enteramente católicas, las que



se aferraban aún más a sus creencias por ver en ellas, después de la invasión, el signo distintivo de su nacionalidad oprimida; arriano equivalía a bárbaro e invasor, recordando a los provincianos sometidos los recuerdos dolorosos de la conquista y de la expoliación. El sentimiento religioso contribuía, pues, a exasperar en ellos el sentimiento nacional y a perpetuar los rencores del patriotismo humillado.

Esta situación, que se producía en todos los reinos arrianos, era peligrosa, y se necesitaba un arte consumado para conjurar sus funestos resultados. Ninguno lo comprendió mejor que Teodorico, ni desplegó más imparcialidad y tolerancia que él en sus inevitables relaciones con la Iglesia católica. El respeto de que rodeó sus inmunidades, la escrupulosa reserva con que evitó intervenir en sus cuestiones internas, las señales de simpatía y afecto que prodigó a sus obispos y, muy especialmente, las atenciones casi filiales que tuvo para con el Papa, todo atestiguan en aquel hombre ilustre no sólo la moderación natural de su carácter, sino también la conciencia que tenía del peligro que estaba corriendo. Pensaba indudablemente que, halagando lo más posible las susceptibilidades, a veces excesivas, de sus súbditos católicos, les haría olvidar que obedecían no sólo a extranjeros, sino también a herejes.

Pero aun suponiendo que hubiera permanecido fiel a aquella línea de conducta y que ésta hubiese sido imitada por todos los reyes arrianos, las relaciones entre católicos y arrianos no se hubieran mejorado de manera sensible. Es que lo inconciliable eran los principios, y lo falso, las situaciones. Toda la magnanimidad de los vencedores no podía impedir que la religión arriana se mostrara altanera e insolente, ni suavizar la amargura del dolor que el pueblo católico debía experimentar al ver su culto humillado al mismo tiempo que su nacionalidad. La división confesional quedaba como fermento de incesantes discordias y como obstáculo eterno para la verdadera fusión de vencedores y vencidos.

Para apreciar toda la gravedad de la situación hay que añadir a esto el implacable fanatismo que ha distinguido siempre a la secta arriana y su pasión por el empleo de medios violentos contra las creencias de los demás. En almas feroces y groseras, como eran las de los bárbaros, aquel fanatismo tenía que estallar tarde o temprano en persecuciones tan crueles como impolíticas; ningún reino arriano se libró de la vergüenza de esta guerra contra la Iglesia. El de los vándalos parece haberse complacido en hacer revivir los días más sombríos de los tres primeros siglos: los obispos y los sacerdotes, deportados a las islas y a los desiertos, con refinamientos inauditos de

crueldad; las iglesias, cerradas y convertidas en establos; los católicos, excluidos de todas las funciones oficiales, y el tormento y los suplicios empleados contra los que tenían el valor de confesar su fe católica. Tales fueron los principales rasgos de la insensata persecución que, inaugurada por Genserico, se cebó con redoblado furor contra los católicos en tiempos de Hunerico y Trasamundo, y que duró casi tanto como el propio reino vándalo.

La guerra contra la Iglesia no tuvo en todas partes el mismo carácter de encarnizamiento, aunque siempre fué bastante violenta para enajenar a los dominadores arrianos la poca simpatía que tenían en los corazones. A veces, eran las muchedumbres bárbaras las que se alarmaban por las disposiciones de los obispos católicos, y arrojaban de sus sedes a los más virtuosos e ilustrados; otras veces, eran los propios reyes quienes tomaban la iniciativa en las medidas de desconfianza frente al clero ortodoxo, y quienes, cayendo por la pendiente, se veían arrastrados cada vez más lejos por el fanatismo que habían desencadenado en las masas. Eurico, el más ilustre de los monarcas visigodos, fué también el que dirigió los ataques más sistemáticos contra la ortodoxia, y Teodorico el Grande, que manchó el fin de su carrera con medidas sangrientas, abrigaba, según documentos, ciertos proyectos que, si realmente existieron, prueban a qué situación se veía reducido un político tan perspicaz y tan moderado.

Semejantes violencias no hacían más que precipitar el desenlace. Era estúpido el que los reyes arrianos atacasen a la Iglesia, pues la superioridad moral e intelectual de ésta jamás se ostentaba mejor que en las pruebas, de las que siempre salía con nuevo vigor. Si se quería salvar el porvenir de los reinos bárbaros, ¿no valía más, puesto que no se la podía dominar, reconciliarse con ella sacrificando a la herejía? El arrianismo sólo se sostenía por la voluntad de los reyes; por tanto, para hacerlo caer, bastaría con abandonarlo a sí mismo. El soberano que hubiera querido romper con él habría arrastrado consigo a todo su pueblo, y la vuelta a la unidad católica se habría efectuado en medio de la alegría universal. Entonces se habría desvanecido el conflicto religioso; se habrían confundido sin esfuerzo romanos y bárbaros, y las nacionalidades surgidas de tan feliz reconciliación habrían crecido de modo rápido al pie de los mismos altares y bajo las bendiciones de los mismos pontífices.

Era ésta una empresa que merecía por lo menos ser intentada, y la idea de tal solución se habrá presentado, indudablemente, como sueño halagador, al espíritu de los príncipes ilustrados; éstos sabían bien lo que valían los obispos; habían recibido con respeto sus con-



sejos y sus reprensiones; se habían felicitado más de una vez de su intervención en los asuntos públicos, y adivinaban el soplo de una gran inspiración en aquella sociedad que producía los Cesáreos de Arlés, los Epifanios de Pavía y los Avitos de Viena. A veces se acercaban al santuario; indecisos, atraídos, conmovidos, pisaban el umbral, pero nunca llegaban a franquearlo, o lo pasaban demasiado tarde. ¡Perplejidades lamentables, durante las cuales transcurre irrevocablemente la hora de la salvación! Todo el porvenir de la Galia va a depender de la contestación que dé Gondebaldo a las proposiciones de San Avito; por fin, las rehusa, y aquel *no fatídico* cae en la balanza del destino como el peso decisivo que la hace inclinarse del lado de los francos, determinando el *Finis Burgundiae*.

¡Cuál no hubiera sido el porvenir de Italia si Teodorico hubiera abrazado la fe católica con su pueblo! ¿No habría logrado tres siglos antes que Carlomagno educar a las razas bárbaras y crear en Occidente un Imperio cristiano? Y la familia de los Amalos ¿no estaba llamada a arrojar en aquel país feliz las raíces de una dinastía que hubiera gobernado al reino más hermoso de la Tierra? Sueño magnífico cuya realización sólo dependía de los reyes ostrogodos. Pero la fe es cuestión de conciencia individual: no se deja determinar por consideraciones políticas, y en las páginas de la historia queda como el elemento providencial que dirige los destinos de las naciones a despecho de las voluntades y de las previsiones humanas.

Era, pues, inevitable un desenlace fatal. Las poblaciones católicas de los reinos arrianos, no teniendo nada que esperar de sus señores, fueron a buscar a otra parte su ideal político; las de África e Italia, acordándose de que el Imperio era su patria común, y el Emperador su único soberano legítimo, aspiraban a volver a entrar en la unidad imperial, sobre todo después que, por hábiles cálculos, el Emperador se había puesto a la cabeza de la reacción contra el arrianismo. Así, Belisario no tuvo más que presentarse ante ellas para ser acogido con los brazos abiertos y para ver abrirse de par en par las puertas de las ciudades ante sus soldados<sup>1</sup>. En la Galia, los súbditos católicos de los burgundios y de los visigodos habían puesto sus esperanzas en Clodoveo, recientemente convertido a la fe; le saludaban anticipadamente como a un libertador y recibió ovaciones cuando penetró en sus tierras<sup>2</sup>.

A nadie se le escapa cuál es el secreto de estos triunfos fáciles, y el rey franco lo conocía mejor que ningún otro. Hay toda una revela-

<sup>1</sup> PROCOP., *De Bell. vandal.*, I, 20. *De Bell. goth.*, I, 5.

<sup>2</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, II, 23, 26, 35 y 36.

ción histórica en las escasas palabras que dirigía a su ejército en el momento de comenzar su expedición contra los visigodos: "Me desagrada ver a esos arrianos ocupar las provincias más hermosas de la Galia; marchemos, pues, contra ellos con la ayuda de Dios, y después de haberlos vencido, sometamos la tierra a nuestra autoridad"<sup>1</sup>. El bárbaro no se engañaba. Sin saberlo, era el instrumento de los designios de la Providencia contra los pueblos que habían rehusado la salvación.

Los reinos arrianos perecieron así a consecuencia de la culpa original en que habían sido concebidos. En el momento en que la catástrofe se cernía sobre ellos hubo algunos que instintivamente comprendieron la causa y se refugiaron precipitadamente bajo la protección de la Iglesia; pero era demasiado tarde. Aquella conversión *in extremis* no salvó al reino de los burgundios, como tampoco conjuró la caída del de los visigodos y de los lombardos; la enfermedad estaba ya declarada, y sus estragos irremediables no pudieron ser contenidos. Sólo después de haber visto perecer sus combinaciones políticas por la culpa del arrianismo, debían empezar aquellos pueblos una nueva existencia bajo los auspicios de la Iglesia católica, y resucitar un día en mejores condiciones de vitalidad, hacia un porvenir lleno de gloria y de grandeza.

Los desgraciados que persistieron hasta el fin en la herejía arriana desaparecieron por completo, sin dejar rastro alguno, como si hubieran sido barridos por el huracán. Por última vez, el mundo volvió a presenciar aquella lúgubre sucesión de peripecias dramáticas a que parecía haberse acostumbrado el espíritu de los hombres de aquella época. Las batallas decisivas de Tricámara, del Vesubio y de Vouillé; Gelimer asediado en la roca de Papua y rindiéndose con una carcajada; Teodorico agonizando en medio de visiones fúnebres producidas por sus remordimientos; Totila y Teias sucumbiendo con las armas en la mano y cubriendo de gloria la tumba sangrienta de la nación visigótica; el nonagenario Casiodoro sobreviviendo al reino que había visto nacer y refugiándose, como la sociedad misma, a la sombra del santuario; Segismundo, asesinado a la vez que sus hijos y arrojado al fondo de un pozo; Alarico II cayendo bajo la espada de Clodoveo con la mitad de su reino; Roma cambiando cinco veces de dueño en dieciséis años y reducida a un desierto; los habitantes de Italia muriendo de hambre y comiendo carne humana; el África totalmente arruinada y madura para la invasión árabe; muchos reinos hermosos borrados para siempre del mapa de

<sup>1</sup> *Ibidem.* II, 37.



Europa... Tal fué el conjunto de hechos que se sucedieron con la rapidez del rayo a mediados del siglo sexto.

Cuando este siglo tocó a su fin, no quedaba ya nada de los soberbios conquistadores que habían llenado sus primeros años. El Imperio de los piratas de África, las pacíficas monarquías de Borgoña y de Italia, el temible poder de los visigodos de Aquitania, los informes reinados de los alanos, los suavos, los hérulos y los gépidos... todo había desaparecido, y, al levantarse el siglo VII, debía brillar sobre un mundo nuevo. Las ricas facultades de tantos pueblos jóvenes y vigorosos habían sido malgastadas en servicio de una obra infecunda, y ellos mismos se habían desvanecido, por decir así, en el brillo engañoso de una aurora llena de promesas que no se realizaron. Fué en vano que, en la presunción de la juventud y de la fuerza, intentaran torcer el curso de los destinos del mundo: como el Busento, que guarda los restos de su jefe más temido, el río de la civilización había de pasar por encima de ellos y ocultar su tumba.

#### FUENTES HISTÓRICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

No conocemos obra histórica que haya narrado conjuntamente la sucesión de las catástrofes de los siglos V y VI; apenas si cada una de las diversas nacionalidades bárbaras de entonces hallaron cronistas y analistas para conservar al menos el recuerdo de su existencia efímera. Indicaremos aquí, por tanto, tras los nombres de los principales de esos pueblos los documentos con que se puede dilucidar su historia.

#### OSTROGODOS

No poseemos ya la crónica de Ablavio, mencionado por Jordanes como *descriptor Gothorum gentis egregius* (c. 4, 14, 23); pero hay que deplorar aún más la pérdida de la gran obra consagrada por Casiodoro a la historia de la raza gótica. De ella queda un resumen en Jordanes, *De origine actibusque Getarum*, edic. Th. Mommsen, Berlín, 1862 (en MGH, colección *Auctores antiquissimi*, tomo V).

*Anonymus Valesianus*, reimpresso habitualmente a continuación de Amiano Marcelino.

San Isidoro de Sevilla, *Historia de*

*regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum*.

Procopio, *De bello Gothico libri IV*, Bonn, 1833 (*Corpus scriptorum byzantinorum*).

Agathias, *Historiarum libri V*, Bonn, 1828 (la misma colección).

Ennodio, *Panegyricus dictus clementissimo Theodorico y Vita beati Epiphani*, editadas por Hartel, Viena, 1882 (en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*, publicado bajo los auspicios de la Academia de Viena), y por Vogel, Berlín, 1885 (en MGH, *Auct. antiq.*, tomo VII).

*Vita sancti Caesarii Arelatensis*, en Mabillon, *Acta Sanctorum ordinis S. Benedicti saec. I*, y Krusch, *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo III.

*Theodorici et Athalarici regum edicta*, edic. Bluhme, Hannóver, 1875 (MGH, sección *Leges*, tomo V).

Una buena parte de la correspondencia oficial del gobierno de los reyes ostrogodos se ha conservado en la colección de Casiodoro, *Variarum Epistolarum libri XII*, edic. Mommsen (en MGH, colección *Auctores antiquissimi*).

#### VISIGODOS

San Isidoro de Sevilla, en su obra citada, que llega hasta el quinto año del reinado del rey Chintila (año 625).

El concienzudo Juan de Biclara, continuador de Víctor de Tunnuna (véase nuestra pág. 196), prolonga su crónica hasta el año 590.

Idacio (véase la misma página 196). Fragmento de Auxencio sobre Ulfila, en Waitz, *Ueber das Leben und die Lehre des Ulfila*, Hannóver, 1840.

La traducción de la Biblia por Ulfila ha sido editada muchas veces, principalmente por Gabelentz y Loebe en 1836; por Massmann, Stuttgart, 1857, y por Stamm, Paderborn, 1869.

Anónimo de Córdoba, *Cronique rimée des derniers rois de Tolède et de la conquête de l'Espagne par les Arabes*, editada y anotada por el P. Tailhan, París, 1885.

*Lex Visigothorum*, edic. Walter, *Corpus juris Germanici*, tomo I.

*Leges Visigothorum antiquiores*, edic. K. Zeumer (en MGH, colección *Leges*).

#### VÁNDALOS

San Isidoro de Sevilla, obra citada.

Víctor de Vita, *Historia persecutionis Africanae provinciae*, editada por Halm, Berlín, 1879 (MGH, *Auctores antiquissimi*, tomo III), y por Petschenig, Viena, 1881 (en el tomo VII del *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum*).

Procopio, *De bello vandatico libri duo*, Bonn, 1833 (*Corp. script. byzant.*).

Corippo, *Johannides seu de bellis libycis libri VIII*, edic. Bartsch, Berlín, 1879 (MGH, *Auct. antiq.*, tomo III).

*Vita S. Fulgentii Ruspensis*, en los Bolandistas, 1º de enero.

Se sacará provecho de la lectura del

poema de Draconcio titulado *Satisfactio*, con el que este poeta, al ser encarcelado, intentó en vano aplacar la cólera del rey Guntamundo.

#### BURGUNDIOS

Mario de Avenches (véase nuestra pág. 196).

San Avito de Viena, *Epistolae*, edic. Peiper, Berlín, 1883 (MGH, *Auctores antiq.*, tomo VI).

*Leges Burgundionum Gundobada et Papianus vulgo dictae*, edic. Bluhme, Hannóver, 1863 (en MGH, *Leges*, tomo III, y Binding, 1883).

*Passio sancti Siegismundi* (MGH, *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo II).

#### LOMBARDOS

*Origo gentis Langobardorum*, obra anónima del siglo VII, utilizada por el historiador nacional de los lombardos, Pablo el Diácono. El libro de éste, *Historia Langobardorum*, es la fuente principal para el estudio del pueblo lombardo, pero desgraciadamente sólo llega hasta la muerte de Liutprando (año 744).

Agnello ha escrito en el siglo IX un *Liber Pontificalis ecclesiae Ravennatis*. Todos estos documentos, con otros de menor importancia, han sido publicados por G. Waitz con el título *Scriptores rerum langobardicarum et italicarum saec. VI-IX*, Hannóver, 1878 (MGH, colección en 4º).

Las diversas leyes lombardas, es decir, el *Edictus* de Rotario, con las adiciones de sus sucesores, han sido publicadas por Bluhme (en MGH, *Leges*, tomo IV, Hannóver, 1868).

Troya, *Codice diplomatico langobardo*, Nápoles, 1852-59, 5 vols.

*Codex diplomaticus Langobardiae*, Turín, 1873 (en *Monumenta historiae patriae*, tomo XIII).